

LA EVOLUCION POLITICA ACTUAL DEL AFRICA SEPTENTRIONAL FRANCESA

PRÁCTICAMENTE, sería poco menos que imposible determinar exactamente qué han sido los errores y qué los aciertos en la gestión de Francia en el Norte de Africa para enjuiciarla de un modo definitivo. Los hechos coloniales sólo pueden enfocarse desde el punto de vista de la Historia, es decir, desde un ribazo donde no rompen las olas de una actualidad movедiza y fluctuante, apasionada, como el sentido de un destino humano superlativo no logra justificarse sino cuando está fuera del movimiento de la vida. Y la obra de Francia en el Norte de Africa no pertenece aún a la Historia, porque se esfuerza en seguir viviendo, mejor dicho, en adaptarse para encauzarlo a un movimiento desintegrador agudizado, fatal herencia de la derrota y la ocupación de la Metrópoli. Así, como contragolpe de las adversidades sufridas por España durante la invasión napoleónica, prendió en nuestros territorios ultramarinos la conciencia independentista. Y cese aquí un paralelismo que ha salido al encuentro de nuestro pensamiento. El Imperio colonial español se asentaba sobre bases demasiado distintas de aquellas que han sustentado el francés para que podamos hacer hincapié en similitudes meramente externas y casuales. Por lo demás, dominada España por el invasor, la reacción de los territorios ultramarinos fué de estrechamiento moral en torno de la Metrópoli sojuzgada. Tal reacción difiere en absoluto de la observada en el Norte de Africa

por las poblaciones autóctonas que se inhibieron de los problemas planteados a Francia por el armisticio, la ocupación y los primeros síntomas de la Resistencia. Es cierto que no han faltado unidades compuestas por norteafricanos que han cooperado con las tropas francesas a la liberación de Francia. No tenemos el dato de cuántos combatientes han sido, pero no es aventurado pensar que su porcentaje en relación con la población de esos territorios es inferior al que ha apuntado la propaganda. Además, sin temor a errar, se puede afirmar que esos combatientes han sido reclutados en las clases más pobres e ignorantes. Las *élites*, los cultos, los europeizados y, naturalmente, los nacionalistas, se abstuvieron de tomar posición en la lucha, mostrando a las claras cuán desligados moralmente estaban de Francia, reiterándose el fenómeno ya registrado en la primera guerra europea. Ello no pretende decir que toda la población norteafricana pertenecía a organizaciones nacionalistas a causa de lo cual manifestó su indiferencia por la guerra en que estaba empeñada Francia. Entre la minoría combatiente y los grupos nacionalistas estaba la masa amorfa que ha permanecido a la expectativa. Tan a la expectativa permaneció que durante el período en que el Gobierno de Vichy extendió su jurisdicción al Norte de Africa, ésta no le planteó ningún problema grave en el orden político, aunque no dejó de hacer mella en el ánimo de los norteafricanos, desorientados por la derrota francesa y afectados por la pésima situación económica, que no se llevara a la práctica la promesa de un plan de reformas. Distintos por sus antecedentes históricos y vinculaciones con Francia, sus problemas económicos, demográficos y políticos, aunque unidos por lazos muy vivos religiosos, culturales y en cierto modo raciales, los tres florones de la

corona imperial de Francia sólo esperaban el desembarco para dar rienda suelta a un concierto de reivindicaciones diferentes, pero armonizadas, y destinadas todas a pretender separar sus destinos de los de Francia.

* * *

La generalización en torno de una definición abstracta, que es bastante representativa del genio francés, ha tenido en ocasiones la tendencia a convertir en un mismo problema, el norteafricano, los relativos a los tres territorios del Norte de Africa, cuya unidad geográfica ha inducido a creer que existía entre ellos una unidad moral y política complementaria de aquélla. A tal grado llegó el propósito de reducir a una sola expresión términos radicalmente independientes, que hacia 1920 se pensó en crear un Ministerio Norteafricano y hubo incluso una propuesta de Ley sobre el particular. Se impuso el buen sentido, también característico del genio francés, y el proyecto no prosperó, quedando reducido a la fórmula «hacer una política musulmana». Centrado el problema en este terreno, que no es exclusivamente religioso en tierras de Islam, Francia, después de la primera guerra europea se mantuvo en una posición sólida, pese a los vagidos de un nacionalismo incipiente que coincidía con el crecimiento de las juventudes formadas en las escuelas francesas. Son estas generaciones revocadas de cultura occidental las que se han percatado de que todo el problema no era religioso, de que existían otros, históricos, económicos, políticos y demográficos, distintos para cada uno de los tres territorios que a influjo de Francia habían adquirido un sentido de la nacionalidad antes diluido en un concepto meramente religioso del destino de los países y de los hombres.

Por lo demás, en el caso de Túnez, próxima en el tiempo la época en que era reconocida como nación soberana por las demás potencias, no podían pocos años de presencia francesa borrar tal recuerdo de la mente de los tunecinos. Ello hubiera sido tanto más difícil cuanto que Túnez no perdió su soberanía —como Marruecos— en virtud de un solo tratado. El Tratado del Bardo de 12 de mayo de 1831, a diferencia del de Fez, no establecía en Túnez un Protectorado y sólo se refería a una asistencia francesa que dejaba a salvo todo lo relativo al régimen interior del país, cuyo gobierno seguía encomendado al Bey, asesorado por Francia hasta la reorganización de la administración. Que Francia supiera utilizar la codicia de las clases dirigentes, que también en Túnez padecen una atrofia frecuente del sentido patrio en provecho de una hipertrofia del utilitario, sería cómico inscribirlo en el capítulo de cargos. El que no desaprovechara la oportunidad que le brindaba el pueblo más culto del Norte de Africa, pero debilitado y desorganizado, para afianzarse, el juego político es limpio. En rigor, la Convención de La Marsa, de 8 de junio de 1833, sólo fué el reconocimiento oficial de un estado de cosas que desde un principio tendió al establecimiento del Protectorado, aunque la palabra no figure en el texto.

Sería ir contra la evidencia negar la obra que Francia ha realizado en Túnez desde 1831. Sólo una apasionada mala fe puede hacer caso omiso del impulso que ha impreso a las actividades del país, a la minería, a la industria, al desarrollo de las vías de comunicación, a la creación y mejoramiento de puertos, al embellecimiento de las ciudades y en particular al incremento del comercio. Pero esta obra tiene por contrapartida que se ha realizado mediante grandes inversiones de capitales france-

ses, tomando hipotecas sobre el país sin que la población tunecina en su conjunto se haya beneficiado grandemente de la presencia de Francia desde un punto de vista económico. País primordialmente agrícola, la mayor parte de su población se dedica a esta actividad, pero solamente la tercera parte de las tierras explotadas lo están siendo con métodos modernos susceptibles de acrecentar los rendimientos. De suerte que los niveles de vida son generalmente bajos, incluso en una región como la de Sfax, tenida por rica, de la que un informe de la Academia de Agricultura de Francia, de octubre de 1947, señalaba que «el porcentaje de familias que viven con cierta holgura no pasa del 10 por 100, en tanto que el ingreso anual de una familia de tipo medio no rebasa en promedio los 26.500 francos».

Por otra parte, y dejando a un lado deficiencias de orden económico agudizadas por la guerra que paralizó las exportaciones, al correr de los años Francia cometió en ese país desaciertos que impresionan el alma popular y pueden ser explotados por los elementos —por escasos que sean originariamente— de una inevitable resistencia larvada, fortalecida por el concepto wilsoniano del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Uno de estos desaciertos fué poco después de la primera guerra europea el intento, por supuesto bastante discreto, de cultivar a favor de la colonización las tierras habices en barbecho. Debe decirse, a descargo de Francia, que los vastos dominios habices, casi todos sin explotar o cultivados de modo arcaico, no podían por menos que ser una tentación para espíritus prácticos y amantes de lo ordenado. No obstante la determinación que Francia tomó a este respecto, fué un error de su gestión. La opinión religiosa se conmovió y el asunto fué a parar en motín. El clamoreo

que en 1920 el Chej Taalbi había iniciado con la publicación de *La Tunisie martyre*, escapaba a lo limitado de una protesta de grupo para irse ensanchando en mancha de aceite, tanto con el Viejo Destur como posteriormente con su hijuela el Neo Destur capitaneado por Habib Bourguiba. El Frente Popular pareció brindar en 1936 una oportunidad a este *leader*, que en aquel tiempo no pretendía abiertamente romper con Francia, siendo su programa en algunos puntos tangente con el de los reformistas. Sus reivindicaciones no osan ir más allá de una petición de absoluto respeto del Tratado del Bardo y de la Convención de La Marsa, es decir, considerar la presencia de Francia en Túnez como una fórmula transitoria que era preciso acompasar al ritmo progresista del país. Liberarse de modo inmediato de la tutela de Francia no pasaba de ser una meta lejana. Las reivindicaciones tunecinas, no obstante, sólo se lograron en un punto: la destitución de M. Peyrouton, persona poco grata al Frente Popular. Pasado el sarampión frente populista, la política francesa marcó un retroceso, a pesar de que el texto de reformas de 1937 decretase la paridad entre funcionarios metropolitanos y tunecinos, a fin de paliar en lo posible las protestas suscitadas por una administración directa que gravitaba cada día con mayor peso sobre Túnez. En realidad, no incumbe totalmente a la Metrópoli la responsabilidad de que no se aplicaran tales reformas. Por una parte, hay que tener en cuenta la oposición de los funcionarios franceses a ceder sus puestos a los que tenían por protegidos, «protegidos a la fuerza», dirán los nacionalistas. Por la otra, la segunda guerra mundial que dislocó la autoridad y desarrolló de modo tentacular la función administrativa, cada vez más compleja, que abrió la pueria a numerosos funcionarios de todas magnitudes

procedentes de la Metrópoli y deseosos de batallar en abastos, en oficinas de distribución de materias primas y otros organismos de nueva creación. La famosa «paridad» quedó en papel mojado.

Como en los demás territorios norteafricanos, la derrota de Francia marca en Túnez un tiempo de estupor, una pausa, en la agitación esporádica que lo conmueve, hecho debido en parte a la ausencia del *leader* del Neo Destur detenido en Marsella y al confinamiento o destierro de los principales dirigentes del Neo Destur. La ocupación de ese territorio por el Eje, a raíz del desembarco aliado en Marruecos y Argelia, provoca una situación harto confusa. Influida por la propaganda, la masa popular celebra la presencia del Ejército alemán cual preludio de la consecución de sus reivindicaciones que, rechazadas por Francia, quién sabe si no serán conseguidas con Alemania, razona. Sin embargo, los jefes del Neo Destur, y en particular Habib Burguiba, intuyen que no pisan terreno firme y no ligan el futuro de su partido al futuro del Eje. Sus huestes no percibieron su prudente reserva y marcaron una actitud francamente antifrancesa que incitó a Francia a pretender recobrar el terreno perdido cuando en 1944 los aliados derrotaron a las fuerzas alemanas de Túnez. No se aplicaron sanciones ni se ejercieron represalias espectaculares. Todo se desarrolló discretamente, cortando por la tangente, deponiendo a Muncéf Bey, sucesor de Ahmed Pacha Bey. Ahmed Pacha Bey había tenido la inoportunidad de morir cuando el almirante Esteva representaba a Vichy en Túnez. El que Muncéf Bey tomara posesión del trono beylical bajo el Gobierno de Pétain, no ha dejado de ser un motivo de recelo —aunque parezca absurdo— para los franceses de De Gaulle. En cambio, aun antes de su elevación a la digni-

dad beylical, Muncéf Bey gozaba de las simpatías del pueblo tunecino y muy especialmente de los nacionalistas, cada día más numerosos, pues no le tenían por excesivamente francófilo de momento que se interesaba por la aplicación del Tratado del Bardo. Parece ser que la idea de deponer a Muncéf Bey ha de atribuirse al general Giraud, cuya acción en el Norte de Africa no denota por cierto genialidad, así como a Eisenhower. Esta determinación, en apariencia carente de gran importancia, tuvo, sin embargo, consecuencias que aún afectan a Francia. Porque el hecho no sólo dió pábulo a las iras neo desturianas, sino que alarmó la conciencia religiosa de todos los tunecinos, ya que tal destitución implicaba la intromisión de una autoridad no musulmana en un terreno de competencia religiosa. En torno a Muncéf Bey, y ello hasta su reciente fallecimiento en el destierro, se hizo una unanimidad que ningún *leader*, ni el Chej Taalbi ni Habib Burguiba, habían logrado nunca, y con ello el despertar generalizado de un auténtico sentido nacional traducido en protestas, libros blancos, reclamaciones de la Liga Árabe y huelgas más o menos políticas. La agitación en torno de Muncéf no se hubiera apagado de no haber dirimido la muerte la duda de Francia respecto a si procedía o no reponerle.

En estas condiciones de malestar político, unido al caos económico heredado de la guerra, es fácil aquilatar la enorme dificultad de la misión encomendada al residente, general Mast, cuyas reformas de febrero 1945 causaron una enorme decepción en el pueblo tunecino, que tenía los oídos llenos de los ecos de una propaganda dedicada a exaltar la libertad, la lucha contra el invasor y demás ideales del uso exclusivo de las metrópolis. No tuvieron mayor fortuna las de septiembre de 1946. En sí, todas

ellas eran acertadas, sobre todo de haberse llevado a la práctica, pues dejaban traslucir la intención de Francia de ir satisfaciendo justas reivindicaciones, aunque con un espíritu timorato que se asusta a la idea de emprender reformas básicas. Tampoco han logrado ese objetivo de necesarias reformas, no ya de forma y detalle, sino de estructura y conjunto, las comprendidas por M. Mons en agosto de 1947, destinadas a «reforzar la personalidad del Gobierno tunecino», como se dijo, mediante el aumento del número de carteras ministeriales asignadas a los tunecinos, haciendo del primer ministro designado por el Bey el jefe efectivo del Gabinete (con libertad para elegir a los miembros del mismo) y la creación de un Consejo de Gabinete que establece la tan reclamada paridad entre los ministros tunecinos y los altos funcionarios franceses que lo constituyen. Hecho a señalar, esas reformas sólo afectan al Gobierno central. En lo local, aún siguen en vigor los consejos de caidato mediatizados por la Administración francesa. Finalmente, grave defecto del primer ministro nacido de estas reformas, doctor Maak, su nombramiento y gestión gubernativa se ha estrellado sin cesar contra la oposición de los nacionalistas y la muy escasa simpatía de la población neutra, porque ¿puede esperarse algo de un ministro designado por el Bey de Giraud, el que ha sustituido al amado Muncef Bey? Una vez más el esfuerzo reformador se quedó a mitad del camino recorrido por el movimiento reivindicador de un pueblo que había descubierto la Carta del Atlántico, los Estados Unidos, la O. N. U., que estaba al tanto de la reciente libertad concedida a Siria y Líbano, de la retirada inglesa en la India y que se sentía respaldado por la Liga Árabe, deseosa de estrenarse en las lides internacionales. En resumen, el problema tunecino había salido del área

local para situarse en la internacional, coincidiendo en este terreno con Argelia y Marruecos, aunque el hecho no implique la fusión de los tres problemas en una sola solución, no ya solamente por diferencias entre los tres terrenos citados, sino como consecuencia de complejidades políticas, de las cuales no es la menor que el interés de los Estados Unidos llegara muy diluído a Túnez que por el contrario recibía marcadamente el influjo de la Liga Árabe.

En cambio, la atención prestada por los Estados Unidos a Argelia no parte de la fecha de su entrada en guerra o de la época en que los Estados Mayores empezaron a planear el salto a Europa. Cuando el Gobierno de Washington mantenía una embajada cerca del de Pétain, a cubierto de una ayuda meramente económica y humanitaria a ese territorio envuelto en las mayores complicaciones, en razón de su organización económica y de las características de su agricultura, los Estados Unidos en la persona de Mr. Robert Murphy, oficialmente comisionado para negociar esa ayuda, llevaron a cabo una operación de sondeo. Mr. Robert Murphy, a través de los cónsules americanos pudo recoger datos e informaciones que fueron utilizados con sano espíritu comercial. Tal vez débase señalar como consecuencia de su viaje efectuado en 1941, el hecho de las dificultades que el Gobierno de Londres puso a los franceses de De Gaulle para enlazar con la resistencia argelina, que entonces empezaba a dar señales de vida, y la condición de que las Fuerzas Libres no tomaran parte en el desembarco de Argelia, so pretexto del fracasado intento de Dakar. Estados Unidos tenía evidente interés en tomar posiciones antes que Francia pudiera tratar de poner orden en un país donde colaboracionistas y resistentes, agrupados en pequeños núcleos dedicados

en particular al sabotaje administrativo, se agitaban sobre el fondo de los problemas típicamente argelinos, anteriores a la guerra, aunque ésta los empujó fuera de la penumbra que disimulaba sus contornos en tiempos de paz para dejarlos en plena luz.

Por su señalada importancia, mencionaremos en primer término el problema religioso, el que gravita sobre las relaciones de la Metrópoli con Argelia desde la hora ya lejana de la conquista. La Convención de Argel, firmada en 5 de julio de 1830 por Hussein Bachá y el general de Bourmont, pretendió apartar de una vez y para todas el peligro de herir la consciencia islámica del pueblo argelino. Dice el texto de aquella Convención: «El ejercicio de la religión musulmana seguirá siendo libre.» En efecto, los musulmanes argelinos no se han visto estorbados en la práctica de su culto, porque la letra de la Convención ha sido respetada. Pero solamente la letra, porque desde los albores de la dominación, Francia empezó a hollar terrenos de competencia religiosa, desde el punto de vista coránico. En particular, una poda enérgica y progresiva ha ido reduciendo los poderes judiciales de los kadis para entregarlos a la jurisdicción francesa, ello hasta el extremo de que antes de la primera guerra europea se dijo en la Cámara: «Desde 1830 hasta la fecha, no hemos cesado de ir quitando a los kadis, pedazo a pedazo, cuantas atribuciones tenían...» De modo parecido, los bienes habices fueron incorporados al dominio, lo que constituía un atentado flagrante a la libertad de los donantes, hecho que ha suscitado en el pueblo argelino un malestar en el que nos inclinamos a ver los primeros síntomas del nacionalismo argelino, o separatismo, en opinión de los franceses, descartando la idea de que este fenómeno haya tenido su origen en los distintos levanta-

mientos que ensangrentaron Argelia en los años comprendidos entre la guerra francoprusiana y la primer guerra europea. Tanto la sublevación de El Mokrani como las posteriores se deben a una explosión de odio elemental hacia el ocupante, el extranjero. Tienen algo de instintivo y digno de ser tomado en cuenta, como todo gesto de independencia, pero carecieron todas de contenido doctrinal. No dejaron traslucir un propósito para el futuro. No pretendieron enlazarse con ningún pasado, ni restaurar una tradición interrumpida. Fueron meros accesos de ira apresados en lo limitado del momento presente. ¿Qué perduró de la furiosa agitación de El Mokrani y de las predicaciones del morabito Bu Amama? El recuerdo de las represalias y a la par el sometimiento asombrado ante la fuerza superior. Para que el malestar difuso de Argelia llegara a plasmar en idea, era preciso un motivo concreto. El motivo, ya lo hemos apuntado, fué el religioso en torno del que se fueron ordenando y como organizando los elementos originariamente dispersos de las futuras reivindicaciones que, con el tiempo, pasaron del ámbito de lo individual o de grupo, a lo colectivo. Sin duda, en la actualidad las reivindicaciones se desbordan del terreno religioso y son políticas, administrativas, sociales y económicas. Ello no impide que entronquen con lo religioso. La Asociación de los Ulemas, fundada en 1931 por Ben Badis, con su programa de defensa de las creencias y de la ortodoxia islámica, del idioma y la cultura árabes, ha sido, en realidad, la base misma de la defensa de una Argelia con personalidad propia e independiente. Su acción, a un tiempo prudente y tenaz, aparentemente apolítica y sólo preocupada de lo cultural, es la raíz que sustenta el árbol hoy frondoso del nacionalismo argelino, desde el movimiento discreto y rebasado

por los acontecimientos del doctor Ben Yehul hasta el violento M. T. L. D., antiguo P. P. A., pasando por la flexible Union Démocratique du Manifeste Algérien, antiguo Partido del Manifiesto, de Ferhat Abbas.

Mas no se limita el problema argelino al religioso. Otros existen no menos agudos, cual el demográfico, dado el asombroso crecimiento de la población, debido en gran parte a las mejoras sanitarias aportadas por Francia, y que tan ligado está al económico. Demostrado que Argelia, reputado país rico, no produce cereales suficientes para su sustento y que no puede absorber su mano de obra, cabe preguntarse si tales fenómenos no son la resultante de una desacertada política económica. No es calumniar la obra de los colonos en Argelia decir que han cedido a la tentación de dedicarse al cultivo de los productos más rentables, que son precisamente los de exportación, y no sirven, por tanto, para el mantenimiento de la población argelina. De suerte que en 1936-37 los poderes públicos hubieron de repartir 327.000 quintales de trigo para paliar el hambre de los argelinos, cantidad importada que actualmente se calcula hay que aumentar en unos 200.000 quintales. La explicación parcial de esta creciente necesidad de importar cereales reside en el hecho de que su cultivo en las tierras bajas ha sido sustituido por el de la vid y los agríos. Localizado en las altas mesetas, mesetas afectadas por una sequía endémica, sólo se recogen cosechas deficitarias de cereales. Si a ello se une el crecimiento de la población, que ha pasado de 5.804.000 habitantes en 1921 a cerca de nueve millones en 1946, se justifica plenamente el desequilibrio alimenticio de Argelia, que no es el más deleznable de los argumentos esgrimidos por los nacionalistas al tratar de la miseria del pueblo argelino, imputable en su argumentación

a la codicia de los europeos instalados en Argelia. Estos, cuya cifra global era de 1.005.000 en 1946, poseen el 2,72 Ha. por individuo de suelo cultivable argelino, frente a los propios argelinos, que sólo disfrutaban de 0,92 Ha. Cuando los nacionalistas manejan tal argumento no cabe aducir en defensa su manía persecutoria, tanto más cuanto que recientemente M. Chevalier, en su obra *Le problème démographique Nord-Africain*, señalaba que el 60 por 100 de las familias rurales puede considerarse como absolutamente indigentes. Es este proletariado rural el que proporciona mayor contingente de emigrados, que nutrieron el núcleo inicial de L'Etoile Nord-Africaine, de Messali Hach, y constituyeron el grueso de las tropas del P. P. A., y actualmente M. T. L. D., cuya jefatura ostenta este *leader*, antiguo obrero emigrado a Francia. Porque problema derivado del demográfico, es el exceso de mano de obra que Argelia padece desde hace largos años y que no se debe exclusivamente al aumento de la población, sino también a la escasa industrialización de este territorio. Criminal morosidad, claman los nacionalistas, propósito de conservar el mercado argelino para dar salida a los productos manufacturados de la Metrópoli. Argelia carece de energía suficiente para montar industrias, replican los franceses. No tiene sino una mina de carbón de importancia, alejada de la costa. Lo cierto es que solamente durante la guerra, e inmediatamente después se ha diseñado un esfuerzo hacia la industrialización, frenado actualmente por las dificultades de Francia. En cuanto al argumento que se refiere a la penuria de mano de obra especializada en Argelia, de excusa que pretende ser se convierte en acusación contra la desacertada acción de Francia en materia de enseñanza. Dejando a un lado la tendencia a dotar Argelia

de las mismas instituciones, el mismo régimen administrativo y penal que la Metrópoli, con absoluto olvido de la advertencia de Jules Ferry de que «las leyes francesas no tienen la virtud mágica de *afrancesar* los sitios donde se exportan», nos atendremos a señalar el problema de la enseñanza, que tan hondas repercusiones tiene sobre el momento actual de Argelia, y del que se pueden sacar consecuencias para todos provechosas.

En honor a la verdad, se ha de decir que no ha sido la enseñanza el aspecto de Argelia por el que menos preocupación ha mostrado Francia desde la ocupación.

Desgraciadamente el impulso inicialmente orientado hacia la cultura árabe, que se hubiera podido acompañar al ritmo del mundo occidental dentro del cuadro tradicional, sufrió una desviación a partir de la instauración de la III República. En la mente de los gobernantes de la época, la famosa trilogía, los derechos de los ciudadanos y el sufragio universal eran los bienes supremos a que podía aspirar el hombre. Por tanto, facilitar su logro a los argelinos mediante la instrucción que disipa los prejuicios y fomenta las relaciones interhumanas, era el medio más seguro de convertirlos en compatriotas. «El día en que nuestro Norte de Africa hable francés, será verdaderamente una tierra francesa y una prolongación de la patria. Sentirá y pensará como Francia», se ha dicho en la Cámara con la máxima seriedad.

Guiada por tales ilusiones, Francia puso mano a la obra y creó en Argelia escuelas primarias y secundarias, liceos y posteriormente una Universidad en Argel. Este esfuerzo docente ha proporcionado un contingente nada desdeñable de muchachos destinados a las carreras liberales, abogados, médicos, maestros y también muchos estudiantes de origen modesto poseedores de un título uni-

versitario que de nada les ha servido, verdaderos «fuera de su clase» y de su mundo. En cambio, el esfuerzo hacia una instrucción práctica, técnica y profesional, ha sido muy débil, lo que explica el estado de ignorancia del pueblo, que si bien en parte se debe a que la escolarización no ha sido total, por otra ha de achacarse a la indiferencia de las familias en lo relativo a la instrucción de sus hijos. En realidad, Francia no pecó por omisión en materia de enseñanza. Su equivocación, que no es mala fe, sino quijotismo democrático, se debe a nuestro parecer a la idea de que los hombres se diferencian entre sí solamente por haber alcanzado mayor o menor grado de desarrollo en relación con un patrón ideal y único de civilización. A esta concepción sencilla, pero falsa, debe achacarse el error cometido por Francia en su intento de levantar al pueblo argelino de la postración en que yacía inyectándole cultura occidental, asimilándolo a Francia. Así rompió los viejos cuadros de las instituciones musulmanas, formó en sus escuelas una juventud aparentemente asimilada, revolucionó una sociedad patriarcal con sus principios individualistas y liberales que poco a poco fueron creando un ambiente de perplejidad respecto a la legitimidad de los derechos del conquistador, que para la masa argelina seguía siendo el intruso que es preciso tratar con desafecto, cuando no es posible por la enemiga, como pudo comprobarse en las elecciones de 1919 en que salieron derrotados los candidatos de la administración, es decir, los musulmanes naturalizados franceses.

«Me habéis enseñado a hablar. El provecho que de ello saco es saber cómo maldeciros.» Rara vez el apóstrofe shakesperiano adquiere tan pleno sentido como en el caso de los partidos nacionalistas argelinos, políticamente organizados según métodos franceses, que utilizan una dia-

léctica y argumentación francesas y son dirigidos por hombres formados intelectualmente en Francia o por Francia, como Messali Hach y Ferhat Abbas, presidente de la Asociación de Estudiantes Musulmanes y vicepresidente de la Unión Nacional de los Estudiantes de Francia hace unos veinte años...

Sería alargar inútilmente este estudio el querer relatar las vicisitudes sufridas por l'Etoile Nord-Africaine desde su fundación por Messali Hach con el apoyo del Partido Comunista francés, hasta la creación en 1937 del Partido Popular Argelino, así como las sucesivas detenciones del *leader* que en 1941, bajo el Gobierno de Pétain, fué condenado a siete años de reclusión. El desembarco aliado le devuelve la libertad en 1943, pues el general Giraud consideró, sin duda, que era elemental obligación de una auténtica política francesa desfacer los entuertos del Gobierno de Vichy, inspirado por Alemania. Sin embargo, el programa de una sencillez y claridad diáfana —programa que no ha variado nunca del P. P. A.—, era muy propio a que se pusiese freno a la propaganda de su *leader*: en efecto, con apasionada violencia el P. P. A. reclamaba, como ahora el M. T. L. D., la independencia pura, simple y absoluta de Argelia que se organizaría en República. En cuanto a los franceses, después de haber popularizado la fórmula «los franceses al mar», Messali Hach se ha vuelto más transigente y se contentaba recientemente con proponerles la elección entre «la maleta y el ataúd». Por lo demás, el «odio que cien años de colonización ha creado en nuestros corazones», según el *leader* extremista, no le permitió permanecer tranquilo en su confinamiento, en particular cuando la situación de desbarajuste reinante en Argelia y la preocupación de la guerra le permitieron moverse a sus anchas, lo que no dejó

de preparar el ambiente de los sucesos trágicos del 8 de mayo de 1944, aunque por entonces Messali Hach estuviera una vez más desterrado. Otro motivo impulsaba a Messali Hach a la actividad en 1943. He aquí que el terreno del nacionalismo, que tenía por su exclusiva, se veía de pronto amenazado por un partido rival en vías de organización, el Partido del Manifiesto del Pueblo Argelino, creado como consecuencia de la publicación del famoso Manifiesto de 10 de febrero de 1943, y cuya jefatura había de ostentar Ferhat Abbas.

De hombre que no es absurdo puede calificarse a Ferhat Abbas, si es cierto el dicho francés de que lo es aquel que no varía. Desde el año 1936 en que el presidente de la Unión de Estudiantes Musulmanes desistía de morir por la patria argelina «porque esta patria no existe», hasta 1943 en que apoyándose en las declaraciones de Roosevelt pone a la picota «el colonialismo francés», pasando por su alistamiento voluntario en las filas francesas en el año 1939, existe un largo camino de evolución que ha recorrido a marchas forzadas, siempre midiendo el viento y actuando en consecuencia. En este sentido político de Ferhat Abbas se entraña la fuerza y la debilidad de su partido. Fuerza, porque a costa de capear temporales podrá perdurar. Debilidad, porque carece de un ideal susceptible de impulsarlo a arremeter contra la realidad cuando se presenta adversa. La realidad se presentaba favorable a los designios de Ferhat Abbas en los meses que siguieron al desembarco aliado en Argelia. Con estridencias de marcha triunfal, los Estados Unidos aplastaron con su poderío impresionante una Francia sobre derrotada, escindida, agobiada por dificultades de tal orden que su actuación es de desconcierto, en su afán de acudir a lo más urgente, es decir, la guerra y la

liberación de la Metrópoli. No obstante, la impresión que causó el Manifiesto fué de alarma, pero la reacción oficial, reedición con el sello De Gaulle del Proyecto Violette-Blum, no se produce hasta el 7 de marzo de 1944, por lo menos con «un retraso de un año y una idea», como decían los franceses de Austria, sobre la carrera de un nuevo movimiento reivindicador que se apoyaba en los Estados Unidos e Inglaterra, a quienes por cierto apelaba el Manifiesto. Porque —y es esta, a nuestro juicio, la razón esencial de su evolución actual—, el nacionalismo norteafricano necesita de un punto de apoyo exterior para accionar la palanca del peligro, que supone para el porvenir de Francia en esos territorios. Ferhat Abbas se inclinó a escoger Norteamérica y la Gran Bretaña, como es lógico en un verdadero demócrata de tipo occidental. Messali Hach, más apegado a lo racial, se cobijó por su parte a la sombra tutelar de la Liga Árabe. Esta divergencia en la elección de los amigos tiene por corolario una oposición de doctrina entre ambos partidos, y más allá de todo ello una rivalidad entre sus jefes. Las sucesivas elecciones celebradas desde el advenimiento de la IV República, en cuyo detalle no entramos de propósito deliberado, permiten sacar la conclusión de que tanto Ferhat Abbas como Messali Hach se han esforzado por evitar escollos, fijos los ojos en la meta añorada que es llegar el primero al poder con medios y por caminos distintos. Anulado por el fracaso de su demanda de asimilación total, rechazada en la primera legislatura, las huestes del doctor Ben Yehnn engrosaron las filas de Ferhat Abbas que en la segunda legislatura constituyente consiguió un triunfo señalado con un programa de autonomía dentro de la Unión Francesa o de Federación. Es difícil determinar exactamente qué pretendía Ferhat Abbas, cuyo pensamiento a

este respecto se mueve a impulsos de la brisa política. Sin embargo, pese al apoyo del partido comunista, siempre arrebatado de santa indignación ante el espectáculo de los pueblos oprimidos, las pretensiones de Ferhat Abbas no prosperaron en el Parlamento. En noviembre de 1946 le llega el turno en el éxito electoral al partido de Messali Hach, aunque no tiene éste el carácter plebiscitario que acaso soñó como un medio de aplastar a su rival el jefe del Partido del Manifiesto. Es durante su legislatura cuando se aprueba el Estatuto Orgánico de Argelia de 7 de septiembre de 1947, texto hecho en retazos, cien veces devuelto a la Comisión, enmendado y triturado con relación al proyecto primitivo, en realidad carente de unidad de pensamiento, al que auguraron el peor porvenir, tanto franceses como argelinos.

¡Ironía de las provisiones humanas! Hace un año que el Estatuto está en vigor, y no sólo el «monstruo» no ha devorado aún a ninguna de las partes que parecían aprestadas a una lucha sin cuartel, sino que parece conducir las lentamente hacia una colaboración más necesaria, si cabe, para Argelia que para Francia. A tal conclusión conduce la mera comparación de los resultados de las elecciones municipales de octubre 1947 y las celebradas en abril de 1948 para constituir la Asamblea argelina, cuya misión es la «gerencia, de acuerdo con el gobernador general, de los intereses propios a Argelia», según consigna el texto del Estatuto. En efecto, las primeras acusaron un éxito del M. T. L. D. de Messali Hach y en segunda fila del partido de Ferhat Abbas, que por lo demás no hubieron de vérselas con candidatos independientes, tan monopolizada tenían la defensa del problema argelino los partidos nacionalistas frente a la pasividad de las autoridades metropolitanas. En cambio, las que han tenido lu-

gar en abril muestran todo el terreno que han perdido los separatistas y autonomistas en la masa musulmana. De 60 puestos a proveer por el segundo colegio, el partido de Messali Hach ha conseguido nueve; la U. D. M. M., ocho, en tanto que los 43 restantes correspondieron a los independientes. En cuanto al partido comunista, su fracaso fué estrepitoso: ni un comunista musulmán elegido por el segundo colegio y uno sólo en el primero...

Es indudable que una de las razones de los derroteros inesperados por que discurren los acontecimientos de Argelia es la presencia al frente del Gobierno General de M. Naegelen, vigorosa personalidad, cuya mente no parece dejarse atufar por el humo de las abstracciones y que ha dado un hábito de vida al cuerpo yerto del Estatuto considerado en su letra. El discurso pronunciado en febrero de 1948 con motivo de la recepción de los alcaldes es aleccionador a este respecto. Es evidente que para la permanencia de Francia en Argelia y la aplicación de las reformas de estructura que la condicionan, la elección de M. Naegelen ha sido un acierto. No ha sido menor, por supuesto, el de confiar la dirección del Protectorado de Marruecos al general Juin, designado para restablecer una situación harto comprometida. Porque también Marruecos se ha sumado al clamoreo reivindicador de las posesiones francesas del Norte de Africa.

Pretender que el nacionalismo marroquí de un Hussein El-Uazani o de un Ahmed Bálafrej existía ya en potencia en la rebelión de Abd-el-Krim, es tanto como decir que ambos movimientos tienen las mismas características y sólo se diferencian por pertenecer a distintas fases de evolución. No lo creemos así. La acción de Abd-el-Krim, individualista, de absoluta indiferencia hacia la tradición espiritual y gubernamental de Marruecos, ca-

rente de doctrina—pues no puede llamarse doctrina al proyecto de instaurar una República del Rif—, no se elevó nunca hasta la altura de un auténtico sentido nacional, como lo prueba además este deseo de crear una comunidad rifeña. Sus anhelos quedaron presos de los límites de una región, aun cuando sus éxitos guerreros lo llevaron más allá de sus montañas natales. En realidad, Abdel-Krim fué un separatista, un continuador de la sempiterna lucha entre el país siba y el país májzen. Sólo la presencia de las potencias protectoras permitió que su rebelión cobrara la apariencia de un intento a favor de la independencia de Marruecos. Que posteriormente Abdel-Krim se haya convertido en el símbolo del nacionalismo marroquí, es un hecho que merecería estudio aparte y demostraría que el rigor lógico es algo incompatible con los movimientos populares. Por el contrario, en los diversos partidos nacionalistas ha existido siempre la preocupación de un Marruecos considerado como una unidad indivisible, un pensamiento tradicional respecto al Sultán, un propósito reformador y evolutivo a la escala de todo el país, tanto en el partido de Acción Marroquí, como en las dos ramas que provoca la escisión de 1938—el *Hisbineb*, bajo la jefatura de Al-la-El-Fasi, y *El Quaumin*, dirigido por Hussein El-Uazani—, riachuelos que concluyen desembocando en 1943 en el *Istiqlal*, organizado por Ahmed Balafrej.

Centrado el problema en el terreno de una identidad de aspiraciones entre todos los partidos, puede decirse que el nacionalismo marroquí no ha hecho sino mantener a través del tiempo su reivindicación esencial, es decir, la aplicación estricta del Tratado de Fez, que, como Tratado de Protectorado, sólo puede ser una forma de gobierno transitoria. Por tanto, la supresión de la administración

directa, una mayor flexibilidad de los métodos de *control*; el desarrollo de la enseñanza, la paridad entre funcionarios franceses y marroquíes y demás reformas de tipo evolutivo pedidas ya en 1933 por Acción Marroquí, serán el reiterado tema de las reclamaciones nacionalistas. Sin embargo, ni la derrota de Francia ni la presencia en Marruecos de una Comisión de Armisticio alemana, provocaron tan hondo malestar ni levantaron tantas esperanzas como el desembarco aliado de 1942. No insistiremos nuevamente sobre la actividad americana, los manejos para lograr posiciones económicas inexpugnables ni sobre los efectos de las predicaciones anticoloniales de Roosevelt, cuya mirada de águila se clavaba generosamente en el Norte de Africa francés, sin acordarse de Puerto Rico. Idénticas causas influían en el nacionalismo argelino. Sólo existieron ligeras variantes en la forma de expresión: agitación durante todo el año 1943, motines sangrientos en enero de 1944, actitud ambigua del Sultán y del Májzen. Asimismo, los remedios que Francia aporta para atajar estos males no son muy distintos de los aplicados en Túnez y Argelia: reformas.

El nombramiento de M. Labonne en marzo de 1946 se anunció como el principio de una era constructora y realmente reformista. Los resultados logrados por la mera exposición de su plan sólo aumentaron el confusionismo reinante, pues se le opusieron los coloniales y funcionarios franceses como demasiado atrevidos y los nacionalistas como infame máscara de una nueva forma del imperialismo. Finalmente, el propio Sultán acabó de hacer insostenible la situación de M. Labonne con motivo del discurso pronunciado en Tánger. No glosaremos este discurso, harto conocido, y nos limitamos a señalar que hizo patente el fracaso de una política que tendía a oponer la

tradición de Marruecos a los nacionalistas, ya que por el camino de El Cairo el Sultán daba el espaldarazo al Istiqlal y, como él, volvía los ojos hacia los Estados Unidos.

Las consecuencias de este hecho importante para la historia de Marruecos no se hicieron esperar. El distanciamiento entre el Sultán y el Residente general, latente desde hacía meses, adquirió caracteres de franco divorcio e incluso de oposición por voz pasiva, en tanto que la agitación política iba en aumento a favor de la confusión, de la falta de una dirección por parte de Francia y de las malas condiciones económicas del país, debidas en parte a las cosechas deficitarias por la sequía, aparte de que en Marruecos, lo mismo que en Argelia, existe un desequilibrio permanente entre la producción y la población en constante aumento. Por lo demás, el desastre económico originado por la guerra no había podido ser remediado. País de producción orientada hacia la exportación, la guerra obligó a Marruecos a replegarse sobre sí mismo, pero la transformación radical del sentido de una economía es obra a realizar a largo plazo y en condiciones que no se daban en una post guerra de extremas dificultades para la Metrópoli. Rebasada la buena voluntad de M. Labonne por los acontecimientos que cayeron en alud sobre su plan de reformas, el general Juin fué llamado a sustituirle.

La principal cualidad del general Juin es la de no estar ligado a ningún partido. La segunda, tan importante como la primera, es la de haberse asimilado las enseñanzas de Lyautey. Ello quiere decir que tras un paréntesis de veinte años se vuelve a la política del mariscal, preocupado de no salirse de la línea trazada por el Tratado de Fez, que teóricamente está perfectamente definida. El único motivo de discusión que puede suscitar el

ceñirse a la misma es la velocidad con que se recorre la distancia que separa el momento actual de Marruecos de aquel en que la nación protectora, habiendo cumplido su misión, entregue el país protegido a sus destinos, como reiteradamente ha dicho el actual Residente francés. Es evidente, por otra parte, que si Washington o El Cairo siguieran avivando la hoguera nacionalista, la firmeza y claro propósito del general Juin no habrían restablecido la situación y conseguido que las aguas desbordadas vayan volviendo a su cauce, pese a los recientes sucesos de Uxda, verdadera explosión de antisemitismo que, aunque poco dice a favor de la autoridad de que efectivamente goza la potencia protectora, no es en hondura un golpe contra la presencia de Francia en el Magreb.

Lo mismo que en Marruecos hubiera sucedido en Túnez y en Argelia, sin que tal afirmación pretenda restar méritos a los representantes de Francia en estos territorios. En realidad, éstos saben sacar partido con innegable habilidad de una alteración del orden de los factores internacionales, en la que su país no tiene ni arte ni parte, limitándose a actuar de hecho por voz pasiva, es decir, pechando con las consecuencias favorables o perjudiciales de las jugadas que los demás hacen sin contar con ella.

Con relación al Norte de Africa, nos referimos en primer lugar al problema de Palestina, que desde hace un año polariza singularmente la atención del mundo árabe. Tal problema ha obligado a los Estados Unidos a «definirse» algo más claramente que a través de declaraciones de simpatía democrática a los pueblos árabes y de interés por aquellos que no gozaban de su independencia. La definición en el dominio de lo concreto ha alineado este país junto al Estado de Israel, a cuya creación, harto arrojosa, ha contribuido poderosamente, demostrando

con ello al pueblo árabe el auténtico sentido de su amistad y lo vano de las esperanzas que suscitó. La reciente concesión de un empréstito al Estado judío completa la serie de discontinuos desengaños que Washington ha causado a los pueblos árabes desde el debate en la O. N. U. del problema palestino. Esta «hora de la verdad» ha dejado también maitrecha la otra gran esperanza del nacionalismo norteafricano: la Liga Árabe. Como la celada de Don Quijote, no ha podido resistir la primera cuchillada de las circunstancias bélicas que el inteligente Azzam Bachá tanto se esforzó por evitar, conoecedor, sin duda, de los antagonismos larvados y sordas rivalidades que se escondían tras aquel brillante decorado. No es aquí la ocasión de exponer las causas internas y externas que han conducido a la Liga Árabe al callejón sin salida de un reconocimiento *de facto* del Estado de Israel. Sólo queremos subrayar la situación a que se ve abocada políticamente una vez que militarmente no ha logrado arrollar el ejército sionista, único medio contundente de evitar que el arbitrario reparto de Palestina concluya por enquistarse en el cuerpo doliente de un mundo agitado por el temor de una nueva conflagración. La Liga Árabe no se limita a salir malparada de un combate sostenido en condiciones de evidente desigualdad, parte por sus propios errores, parte por el apoyo que desde el exterior ha recibido Israel, sino que se ve forzada a arriar la bandera de una lucha a favor de una especie de confederación de países árabes, incluyendo el Norte de África. El prestar oídos a una conclusión de paz con Israel no tendría otra significación que una renuncia que tiene perfiles de derrota que no se limita a Palestina.

Finalmente, aunque la Gran Bretaña, así como Francia, no han reconocido aún el nuevo Estado judío, la vaga

sombra tutelar que proyectaba sobre el Norte de África desde que había contribuido a la creación de Siria y Líbano como naciones independientes, se ha desvanecido notablemente en el transcurso de estos últimos meses. En efecto, aun cuando apoya a las fuerzas árabes en su lucha, para defender sus intereses en el Próximo Oriente, esa misma preocupación lleva a Inglaterra a dejar sentir su presencia en esa región de un modo que empieza a dibujar una cierta reacción a favor de Francia. Y este hecho se proyecta ciertamente sobre los territorios norteafricanos.

Privado de puntos de apoyo exteriores, que, como ya hemos dicho, son indispensables al nacionalismo norteafricano para alcanzar sus metas de modo inmediato, su acción pierde esa fuerza expansiva que lo condujo hasta la orilla misma del éxito. El nacionalismo norteafricano abandona el área internacional, porque lo internacional lo abandona. Vuelve a circunscribirse en lo territorial, en lo fragmentario, lo que brinda a Francia una oportunidad para restablecerse que no ha desaprovechado en estos últimos meses. Lejos de nuestro ánimo la conclusión simplista de que todo ha quedado resuelto, que el nacionalismo agoniza y que el país vecino vuelve a ser una gran potencia musulmana y norteafricana. Para que tal fuera, sería preciso en primer término que la política francesa se estabilizara en torno a un propósito de orientación futura, tanto en lo interior como en lo exterior, porque los territorios ultramarinos son reactivos de gran sensibilidad a la incertidumbre de la Metrópoli. A nuestro modo de ver, no hay en la evolución recientemente observada en el Norte de África sino que en esa carrera hacia la independencia o la autonomía en que Francia iba a la zaga, se ha producido en los que llevaban la delantera un momento de confusión al enfrentarse con un pa-

norama internacional completamente nuevo como consecuencia del asunto de Palestina. Ha habido una pausa que ha permitido al seguidor ganar tiempo y pisarle los talones. Es un hecho de política elemental que la vacilación de uno de los adversarios significa fortalecimiento para el otro. En el caso de una Metrópoli con relación a sus territorios debe significar, además, cargarse de experiencia y admitir, en el mejor de los casos, el inevitable crecimiento de los pueblos para orientarlo.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA